

EL ANCIANO PACIFICO

Carlos Santibáñez

Facultad de Filosofía y Letras

Con el alma en un hilo ensarté el propósito de ir, ya dueño del mundo, por la inmortalidad que los sabios de Washington me habían ofrecido. El avión salía a las nueve y media. Esperarlo a estas alturas se me figuraba una joda, así que desperté a mi niña, la exhorté a ponerse un chal y una vez fuera le solté el rollo de ir en cápsula. Recogeríamos la inmortalidad sin ceremonia, la disfrutaríamos dentro de nosotros con cien largos años de garantía, como quiera que estar vivos en un mundo donde todos mueren sería divertido. Linda no lo podía creer. Era todavía joven para entender que el mundo me pertenecía, y yo lo cambiaría en Washington por una cómoda inmortalidad que consolidaría nuestro futuro. Se lo expliqué mejor por el camino.

“Los sabios han descubierto la nueva ley de la inmortalidad, y con base en ella elaboraron una fórmula que al cumplirse produjera el bien deseado, nenita; pero su precio es tan alto que nadie puede pagarlo, excepto yo que administré tan bien mi herencia por adelantado, y al morir papá me quedé con el mundo. Ahora puedo repetir la frase que solía decir él a menudo: ‘Yo soy Dios’. Y si quieres seguir como mi amante, compartiré la eternidad contigo, Linda. Únicamente me debes caricias —advertí pasando su mano por donde el placer crece en centímetros.

Ante la tentación de no morir, Linda se veía pequeña y hermosa. Su ignorancia en los negocios saltaba a la vista, pues el color en todo su cuerpo adolescente brillaba por su ausencia, y yo que tanto debí comprometerla, me fijaba en sus ojos, en los que nos espiaba el infinito, como un muerto de hambre que nosotros podíamos adoptar.

En Washington, el trámite fue práctico y puntual. Desde que llegamos, Linda se veía más calmada. Tenía la espalda medio roja por los azotes que le había dado el día anterior, pero lo disimulaba con soltura y además, le gustaba. Era lógico. Ahora podía elegir su futuro, ser una de tantas niñas aliviadas o inmortalizar su vagina con mi permanente penetración gentil, refrescante y heroica como bandera izada a toda asta.

Los sabios nos recibieron amablemente, elogiando la discreción del caso, y haciendo de nuestro conocimiento que la inmortalidad estaba en su punto, lista para ser digerida por nosotros. Temiendo que, al igual que yo, otros se hicieran inmortales, consulté a los sabios sobre las precauciones que se debían tomar, pero ellos, inmutables tras el blanco de su digna investidura, exclamaron a coro: “Inmortalidad sólo hay una” vertiendo a continuación hermosos conceptos sobre el producto que íbamos a comprar —no

con la falsa moneda de la fama como los anteriores habían hecho—, cediendo las acciones constantes y sonantes que garantizaban la posesión genérica del mundo. Se nos reveló que la inmortalidad —que adquiriríamos entonces— era el sumo bien que satisfacía las necesidades más codiciadas del consumo, y debíamos tratarla como a la joya más valiosa, pues a medida que se manifestara su brillo, subiría de precio. De todo aquel ambiente parecía desprenderse como una moraleja. Tanto Linda como yo nos sentimos invadidos por un hondo amor de Dios, que sellaba en aquel entonces nuestra labor en beneficio del prójimo, al que habíamos estimulado con nuestro ejemplo.

“¡Si papá pudiera verme ahora, pensar que sería inmortal como yo y Linda!” —Pero no debía perderme en sueños ilógicos. Por saborear la inmortalidad se me hacía agua la boca. Nos la despacharon en un paquete *ad-hoc*, por lo demás bastante asequible, y después de anotar lo referente a las dosis que debíamos consumir para poseerla de lleno, se despidieron cariñosamente de nosotros. No bien acababan de laurearnos, cuando Linda hizo ademán de retirarse y sospeché que traía algo entre manos. Como ya estaba pagada, doblé la inmortalidad y me la guardé en un zapato, a donde nadie sino yo pudiera pisarla. Debo confesar que me ponía algo nervioso. . .

La inmortalidad era aquello que yo siempre había añorado para mí solo, sin verla frente a frente por sentirme inferior. En adelante me pertenecería. Vi a Linda en una banca; estaba como ausente, con esa risita cachonda que conectaba cuando se le prendía el *switch*. Se me antojaba desvestirla en la banca, y acostarme en el pasto con ella. “No importa que nos vean, al cabo nosotros somos inmortales” —pensé y me dispuse a llegarle de muertito (por debajo del agua), desplazarme como de Zeus. Pero doña Prudencia temió al escándalo. “No ha sentido la inmortalidad”, pensé abriendo el paquete donde se guardaba en terrones. Iba a darle el suyo, comprendí que podíamos hacer todo, darnos hasta el lujo de morir si así lo queríamos, regresando después a la casa

donde nuestros cuerpos estarían, abandonados, y volviendo a ocuparlos cómodamente. Ah, qué dicha sentir que podíamos tomar cada equis tiempo vacaciones, y regresar a la vida una y otra vez, al cabo de una temporadita en el infierno. . .

—¿No quieres ser inmortal?

Ella seguía viendo unos niños, insignificantes mortales que se consolaban moviendo una pelota. . .

—A lo mejor me aburro —musitó. Yo entonces la vi que era más bien divina, y pareciéndome el beso un poco cursi, saqué el estilete que tenía preparado y se lo encajé cuidadosamente, abajo del oído. Quedó ahí, en mi hombro, con los ojos abiertos. . .

A lo mejor necesitaba quedarme con ella, profanar su cadáver pero en todo caso, no podía ser eterno. Sin embargo, sería un amor padrísimo e insólito, y cuando su cuerpo efectivo fuera polvo, ¡yo me lo comería tranquilamente!

El mundo, que había heredado de papá, ahora se me hacía mayor que antes, quizá porque ya lo había entregado. En la cápsula reinaba la inmortalidad, fría como el silencio. Pero el mundo que dejaba en Washington por ella, ya no parecía el mismo, ni mi Linda de ayer era igual a la de ahora, pues no me daba abasto para satisfacerla. Mientras la antigua Linda era inofensiva, su cadáver como amante, era una amenaza. . . Me obligaba a amar cada vez más a la muerte y desechar a la vida, como si la inmortalidad no se dejara coger, como si mi cuerpo la rechazara por inepta. Me enfermé por su culpa: la boca se cansó de hablar, los ojos de ver, etcétera.

Generaciones pasaron junto, y yo seguía ahí, como una estatua rota condenada a no caer. La inmortalidad me pesaba a ratos. Afortunadamente, no la había terminado. Todo se redujo al día en que, vencido, fui a ver al Océano Pacífico, me fijé en sus olas. Estaba de plano solo (un perpetuo caer y levantarse), con hambre y deudas (carcajadas de anciano), vivir en mí ya no era un privilegio. Sin Linda, ni dinero, ni sueños —inmortalidad azul— tiré mi inmortalidad al mar y me la quedé viendo un minuto.